

RICARDO BRUGADA



OBRADOR DE PLANCHA EN SEVILLA

ordenanza y el oído en el toque de corneta; sentía sobre su rostro como un fustazo, los exabruptos del sargento, que sin previa reconvencción, con un irrespetuoso olvido de las consideraciones de hombre á hombre, le propinó dos bofetones la primera vez que formó con sus compañeros, por salirse unos centímetros de fila.

Andrés, puntilloso en extremo, sintió todos los arrebatos de su sangre brava.

Por una frase, sólo por un insulto, hubiera trabado reyerta allá en el pueblo, cuchillo en mano.

En el cuartel se medían estos achaques del pundonor con rasero distinto.

Por la mente del recluta cruzó como un relámpago aquella lectura de las «leyes penales» hecha á la nueva promoción de quintos: «El que maltrata de obra á un superior, será pasado por las armas.»

Y por influjo del recuerdo, ese mago prodigioso, vióse febril y abatido, con Maruja al lado, llorosa y febril también; con su boca pegada á la de su novia, y acaricióle el oído aquella última frase de *la rubita*: «¡Esperámel jiré pronto!»

Por ella, por ella solo, era preciso resignarse, soportar el castigo brutal, sufrir como un siervo las vejaciones del superior.

Andrés se recobró pronto. A los diez días era otro hombre. Hasta en una cosa tuvo fortuna; no le pegó más el sargento: al contrario; cobróle

simpatía al percatarse de que se las daba con un mozo despierto y útil, y le prometió incluirlo en la propuesta de cabos, cuando fuese momento oportuno.

También intimó Andrésillo con el *veterano* á quien tocó por turno instruirlo. Era éste un verdadero truhán, uno de esos ejemplares que tanto abundan entre la soldadesca. Despabilado para el vicio, más esmero puso en instruir á su recluta en cierto género de rabotadas, que en los menesteres de la vida cuarteluna.

—¡Eres un *chicha* y *nabo*! ¡No vales un *chavo* moruno! Tan bien plantao como te echó tu madre y aún no has sabido *hacerte* con un *apañito*...

Andrés se enteró de algo muy curioso. Su instructor andaba «de la zapa á la greña» con una sirviente de buena casa que correspondía á las ternuras de su galán partiéndose con él, equitativamente, el producto de la *sisá*.

Y escandalizado, juró no hacer causa jamás con ninguna menegilda, y menos aún entrar con ella en el negocio.

No le cabían en la cabeza al honrado recluta, estos amores socialistas: con el *reparto* como base.

Transcurrieron los primeros meses de cuartel, de fatiga y zozobra constante.

A ningún novato habíansele borrado de la memoria los días de ins-



ENTRE FLORES—Cuadro de RICARDO BRUGADA.

trucción, el trajín de la maniobra en la explanada árida, polvorienta, el imperativo de las voces de mando, y tras ellas, el monótono *un dos* de la patalea evolucionando asfixiada por el sol, envuelta en el polvo, jadeante y maltrecha entre imprecaciones, culatazos y otros obsequios por el estilo.

Al fin, quedó instruída la recluta y pudo revistársela con todas las formalidades, quedando el coronel «altamente satisfecho».

Con este fasto memorable para el regimiento, á que pertenecía Andrésillo, coincidió un hecho memorabilísimo para él. Por sus condiciones físicas y su buena disposición, fué nombrado cabo de la escuadra.

Sin ser presumido ni sentir las comezanas del amor propio, aquel inopinado nombramiento le desvaneció al punto de hacerle pensar en... la fotografía.

¡Qué feliz sería Maruja viéndole retratado de «cuerpo entero», con galones en la bocamanga, el ros en la diestra y el *reguero* correspondiente en la otra mano!

Pensando estaba seriamente en reunir fondos con ese objeto, cuando tuvo la mayor, la más inesperada de las sorpresas.

Maruja, en una carta llena de almíbar y de faltas ortográficas, le comunicaba su formal propósito de abandonar su casa y su aldea para ir á buscarle. No podía vivir sin su Andrés: se moría de pena...

El soldado lloró, lloró mucho y besó la carta de Maruja hasta borrar aquellos garabatos con sus lágrimas.

La casualidad le fué feliz. El coronel necesitó un ordenanza y fué reclamado Andrés para este servicio.

Con la entrada de éste en casa de su jefe, coincidió la salida de una de las sirvientes. Tras muchas vacilaciones, Andrés solicitó la vacante para su novia.

Pocos días después no cabía en sí de júbilo. Tres horas se anticipó al tren en que venía Maruja; tres siglos de incertidumbre y de ansiedad.

Al fin, apareció el convoy arrastrándose por los rieles con toda la pereza de un tren de carga.

Allí venía asomada, ella, *la rubita*, con su cara de virgen de fanal, con sus suaves languideces de flor de estufa.

—¡Marujal!

—¡Andrés!

Los novios se abrazaron.

—¡Chical! ¡Cómo hueles á hierba buena!...

—¿Y tú? Dime: ¿también los generales llevan de estos galones colorados?

—Esas son cosas de la ordenanza...

—Pero, ¿me querrás como antes?...

—¿Si te querré como antes? Esas... no son cosas de la ordenanza...

(Concluirá).

ANGEL ALCALDE

DEBERES DE LA MUJER

La gracia y la belleza son patrimonio de la mujer. En esta vida tan pródiga de amarguras ella tiene un sagrado deber que cumplir. Nada menos que llenarla de canciones y amores.

¡Cuántas cosas austeras se han escrito sobre el fin de la mujer, sobre su destino, sobre el papel que está llamada á desempeñar en la sociedad!

Ella no sería más que hija, esposa y madre para los severos moralistas que se apoderan de estas arduas cuestiones y tratan de resolver tan difíciles problemas. Pues bien, nosotros le asignamos otra obligación igualmente digna de respeto: la constituimos depositaria de la felicidad ruidosa, de las locas carcajadas, de todos los goces de la vida. La mujer recatada, modesta y virtuosa en la obscuridad sólo cumple á medias su tarea. Es necesario que interrumpa la existencia gris monótona en que muchos pretenden confinarla, para lanzar al aire la nota alegre de su coquetería, el triunfo de sus exclamaciones y de sus risas.

Esto no significa que haya de ser superficial é ignorante. Por el contrario, la instrucción y una cierta profundidad en el estudio le enseñarán, mejor que los más hábiles consejos, las leyes que rigen la emoción, el camino que conduce á todas las virtudes y el que aleja de las asperezas y dificultades de la existencia.

No es cierto que la mujer sea hija predilecta del dolor. Si ella sintiera la poesía como el hombre y supiera interpretarla en el más amplio sentido de la palabra, allí donde se encontrara reinaría la paz y la felicidad. La naturaleza misma le ha señalado este alto sacerdocio al dotarla de la hermosura física y moral. Ella no puede desentenderse ni huir de tan encantadora obligación sin traicionar sus más elevadas cualidades, sin perder su exquisita gracia, sin abandonar el secreto de su fuerza que reside toda entera en su poder de iluminar la vida.

Nada más espantoso que el egoísmo y el positivismo en el sér femenino, que ya comienza á ser sospechoso de insensibilidad por algunos hombres de ciencia que así explican la verdadera y profunda causa de su reserva. Nunca debiera dar ella motivo á interpretaciones extrañas de esta índole, reñidas con las leyes más delicadas y complejas de la emoción. Tal decadencia sería imperdonable y le haría perder el valor de su belleza y el resto de sus cualidades elevadas, pues no concuerda con el carácter que en todo tiempo se le ha atribuído y que no habría cómo reemplazar.

No olvide pues, la mujer, que está obligada á desmentir las teorías negativas que ya asoman sobre su capacidad de emoción. Crea que ha de conservar el prestigio con que la enaltecieron artistas y poetas, mientras haga reír la música alegre de sus campanillas, de sus risas, de sus canciones, de sus amores.

CARLOS BAIREZ



APUNTE; por RICARDO BRUGADA.

SABIDURÍA ÁRABE

He aquí cómo cuentan en la región abrasada que se extiende de Fengas á Narodma, la leyenda de Abdallah-el-Mansur:

«Mucho más antiguo que el santo Korán, el libro de los libros, mucho más antiguo que todos los códigos humanos es el antiquísimo código de *Alharuddi*, el gran predecesor de Mahomed. En la tribu de los *Roreischi*, la más noble de Arabia entera, se veneran aún las máximas y los preceptos del viejo código.

» Abdallah nació en la tienda del jefe de los *Koreischitas* y fué hijo único. Pero como muriera su madre, la bella *Miriam*, su padre llamó á su tienda para criar al niño á *Zora*, que tenía un hijo de dos años, *Mahomed-ben-Hikem*. Criáronse juntos los dos niños. A los quince años Abdallah era el mozo más apuesto y valeroso de Arabia. No había quien le aventajara en guiar un caballo con la voz y las rodillas, quien le venciera en manejar la cimitarra y la lanza. Descollaba entre sus compañeros como descuella el sol entre todos los astros. Mahomed era entero de cuerpo, de color cetrino, callado, rencoroso y avariento.

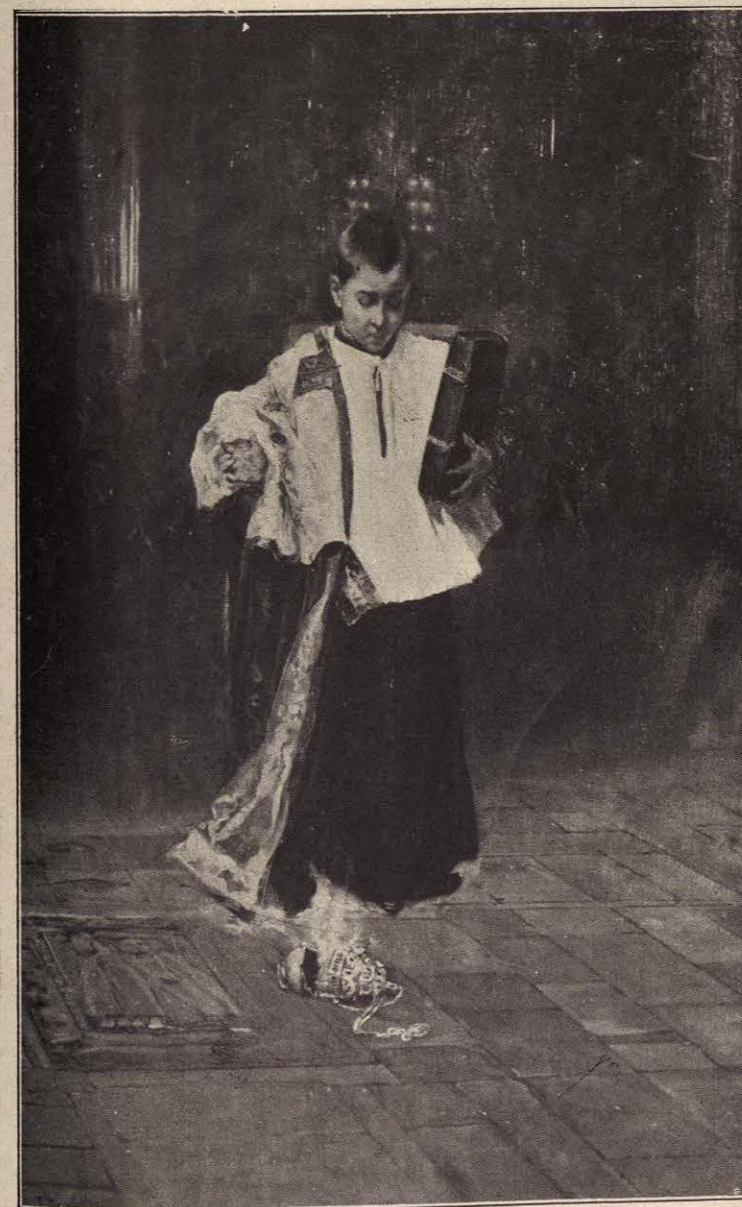
» Supo un día Abdallah que en el *Alharuddi* se dice, que el hombre que hallare el trébol de cuatro hojas sobre la tierra, se sentaría á la diestra de Allah. Y desde entonces, cada vez que en sus viajes por el desierto llegaba á un oasis desconocido, examinaba con cuidado todas las plantas.

» Antes de llegar al grande oasis donde acampaban habitualmente los *Koreischistas*, era forzoso, viniendo de la Meca, atravesar un amplio desierto. ¡Guay de aquéllos que no se aprovisionaban de agua! Sus esqueletos y los de sus camellos blanqueaban las arenas.

» Abdallah, compadecido de tantas muertes y lleno de fe en la misericordia divina, gastó sus riquezas todas en abrir un pozo, un pozo profundísimo en mitad del desierto. Se agotó su dinero antes de agotar las capas superpuestas de candente arena. Empeñó entonces sus joyas, sus tapices, sus ganados, y el pozo se ahondó. Una noche, estaba tendido junto á su borde. Triste y melancólico dejaba pasar las horas. Al día siguiente no había quien ahondara el pozo. Había acabado el dinero y los trabajadores les dejaron á él y á su yegua, diciendo que no podían más, que no conseguirían que brotara el agua. El fresco de la noche les reavivaba; pero aún jadeaba la yegua y Abdallah se abrasaba de sed.

» De pronto sintió, en el silencio absoluto, débil rumor en el fondo del pozo; luego le pareció que cedía la arena de las paredes; después se acentuó el ruido y de súbito una columna de agua brotó potente del suelo, se elevó por los aires, cayó en espumosa cascada.

» Galopó Abdallah sin descanso hasta su tienda y, al otro día, seguido de toda la tribu, llegó á la Fuente Milagrosa, que así se llamó. Cayeron de rodillas todos los hombres antes de beber el agua cristalina. El primero que se adelantó hacia el puro arroyo y mojó en él sus labios fué Abdallah. Cuando hubo calmado su sed, advirtió una planta en un hoyito. La cogió tembloroso y ¡oh, milagro! la planta era el trébol de cuatro hojas, que desde las entrañas de la tierra subía para que le recogieran las manos de Abdallah-el-Mansur.



EL MONAGUILLO; por RICARDO BRUGADA.